

1 ELISA

2 LEVI

3 POR QUÉ

4 LLORAN

5 LAS

6 CIUDADES

N

O

V

E

L

A



ELISA LEVI  
POR QUÉ LLORAN LAS CIUDADES

© Elisa Levi, 2019

Corrección de estilo a cargo de Rosa Iglesias Madrigal

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2019

ISBN: 978-84-9998-712-5

Depósito legal: B. 26.742-2018

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: EGEDSA

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Estoy parada en el paso de cebra más largo de Shibuya. En los hombros siento el pelo recién cortado. Soy una europea más en el cruce. Cuento con los ojos a las personas que van a colisionar conmigo. No lo evito, no me importa. Como dice Denis, en Japón la gente no se toca. Y yo quiero que alguien me roce en Japón.

Paso todas las yemas de mi mano derecha por la yema del dedo gordo. Como si estuviera contando. Pero mi cabeza cuenta otra cosa, se pregunta dónde he aparcado el coche de alquiler y el tiempo que tengo para llegar a la acera, porque yo sigo parada en medio del cruce de Shibuya. Cierro los ojos y vuelvo a pensar en el coche. Calculo que un mínimo de diez personas ha rozado mi cuerpo cuando han cruzado. Echo a correr hasta la acera, está a punto de ponerse en rojo.

Mientras camino hacia el coche, vuelvo la cabeza fingiendo que estoy siendo filmada por una cámara invisible. Noto mi pelo moverse alrededor de mi nuca. Me encanta. Antes lo llevaba largo (excesivamente largo) y ahora cada vez que me miro al espe-

jo siento que soy la espía de una película de ciencia ficción americana que se ha cortado el pelo para parecer otra persona. Imagino que la cámara invisible está filmando un plano medio de una chica de espaldas en mitad de Tokio que mira hacia atrás a cámara lenta porque piensa que el futuro amor de su vida está observándola. Con la boquita un poco abierta y el pelo en movimiento. Muy Scarlett en *Lost in Translation*.

Consigo llegar al aeropuerto Tokio-Narita. Dejo el coche de alquiler en el aparcamiento y le doy las llaves a un japonés que no levanta la cara de la pantalla de su ordenador portátil ni se quita el palillo de la boca.

Vuelvo a pasar las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Pero mi cabeza está reprochándome lo pronto que voy siempre a los aeropuertos. Ya he pasado todos los controles y aún faltan tres horas para que salga mi vuelo.

En la primera hora de espera ya me he comido todos los snacks que me llevé. En la segunda hora termino de leer el libro *Hiroshima, mon amour*, de Duras. En la tercera hora escribo esto en mi libreta:

*Lo que Hiroshima me quiso decir  
o lo que Denis me quiso enseñar:  
hay que entender por qué lloran las ciudades  
para poder salvar la vida.*

Le enseño mi tarjeta de embarque y mi pasaporte a la azafata y entro en el avión. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Y pienso que el avión es el transporte más seguro del mundo. A pesar de todo, en el bolsillo de mi chaqueta llevo un maravilloso lexatín.

Son once horas de vuelo hasta que llegue a París y otras dos hasta que llegue a Madrid. Cierro los ojos y me imagino que me

filman un primer plano de cómo levanto mis párpados lentamente. El espectador podría deducir, si yo fuese esa espía de la película americana, que estoy pensando en la compasión que siento por la siguiente víctima que me han encargado eliminar. No se me puede olvidar comprar flores en el aeropuerto de Madrid.

Vuelvo a abrir los ojos. Me quedé dormida pensando en las flores. Hay una niña que me mira por el hueco entre su asiento y el que intuyo que es el de su madre. Me mira con pena. Vuelvo a cerrar los ojos.

• • •

Hemos llegado a París. Corro por el aeropuerto porque no llego al otro avión. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Sigo corriendo y obviamente ahora la cámara invisible está grabando un *travelling* de mi carrera. De vez en cuando miro hacia atrás para que filme cómo siento que alguien me persigue.

Llego a la puerta de embarque y veo que el vuelo viene con retraso de veinte minutos. Pienso en lo estúpida que he sido corriendo. Voy al baño. Hay cola, pero me da tiempo. Mi turno. Me bajo los pantalones. Me bajo las bragas y me apoyo en la taza. Me acuerdo de que mi madre siempre me cubría la taza con papel higiénico, para que meara sin tocar la superficie. Podía coger infecciones de niña guarra, me decía. Ahora siempre apoyo mi culo en la fría loza del váter. Por rebeldía. Y para que se dé cuenta de que me alejo bastante de su modelo ideal de hija.

Vuelvo a la puerta. Enseño mi pasaporte y mi tarjeta de embarque. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Me siento en el avión y toco mi lexatín a modo de placebo. Saco la libreta y anoto:

*No dejas de dolerme;  
por lo tanto,  
te quedarás en mi cuerpo para siempre.*

*Te quedarás en mi mano  
y yo te acariciaré  
como acaricio a los animales.*

*Emerges de mi agua como la crueldad del martirio.  
Y yo agito tu terror como un río agita a los muertos.*

Pienso en lo que he vivido estos días en Tokio. «La muerte del amigo», podría titularse este capítulo de mi vida. Me acuerdo de que Denis ha muerto y en mi cabeza aparece la temporada que vivió en Francia, con la lejanía de un recuerdo enterrado entre malezas. Su casa, sus compañeras de piso. Su malísimo francés. Seguramente habría corrido también por este aeropuerto porque llegaba tarde. Recuerdo a Denis y que está muerto. Paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Denis vivió en París y tenía un perro. Se llamaba *Zoco* y, la verdad, no recuerdo por qué ese nombre. Me encantaría escribirle, que lo leyera y que en menos de un minuto me hubiera mandado una nota de voz explicándome el motivo de ese nombre tan feo para un perro. Pero está muerto. Además, por decisión propia. Así que, como tú siempre me decías a mí: Lo que tú decidas estará bien.

Por fin llego a Madrid. Mi maleta sale la primera —rara vez— y allí está la señora que me decía que hiciera pis sin tocar la loza del váter. Junto a su marido. Mi padre. No, es mentira, mis padres jamás han venido al aeropuerto a recoger a nadie. Están mis dos hermanas. Con la misma cara de lamento de siempre. Como si nunca hubieran tenido una alegría. Igual.

Mi hermana pequeña me abraza y me pregunta qué tal me quedó el discurso que di en el funeral. Yo paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Termino el ritual antes de que mi hermana mayor me agarre la mano derecha para impedir que finalice el proceso. Zorra.

Me imagino de nuevo la cámara, esta vez filmando un plano general conmigo en el centro y mis hermanas vueltas hacia mí, de espaldas a la cámara. Las tres estamos paradas. Me miran y me preguntan cosas que el espectador no llega a oír. Yo, sin embargo, miro al frente, con indiferencia, y el espectador sí oye mi respiración pausada y cansada.

Mi hermana pequeña me gira la cara hacia ella y me obliga a responderle: ¿Cogemos un taxi, sí o no? Obviamente le digo que no. ¿Por qué llegar a casa en treinta minutos pudiendo llegar en tres cuartos de hora?

Echaba de menos el metro de Madrid, aunque ahora lo que echo de menos es el cruce de Shibuya. Mierda, se me ha olvidado comprar flores. Tengo que volver ahora mismo al aeropuerto y comprar flores. Vamos por Mar de Cristal. Bueno, no me importa, me bajo en la siguiente y doy la vuelta al aeropuerto para comprarlas. Se lo digo a mis hermanas. Ambas me miran como me miró mi madre cuando me pilló masturbándome en mi cuarto. Cuánto se parecen a ella. La pequeña (que está todo el puto día preguntando) me dice que las compre en otro momento, que a mamá no le gustan las flores. Les digo que no son para mamá, que son para mí y que tengo que volver al aeropuerto a por ellas. Ya se abren las puertas del metro. Mis hermanas me retienen y no me dejan salir. Les digo que tengo que comprar flores en la floristería del aeropuerto. Mi hermana pequeña pregunta por qué. Ambas me miran. Y la cámara invisible filma un primerísimo primer plano de mi boca diciendo lo siguiente: Porque Denis siempre



compraba flores ahí cuando volvía a España, para mí. Siempre vivas. Por toda la vida que a él le faltaba, por eso compraba siempre vivas.

Cuando se lo explico, siento la vergüenza que te embriaga cuando estás en familia, la que te recuerda por qué te fuiste una vez. Mi hermana mayor abre su bonita boca (de las tres, es la que tiene la boca más bonita) y me dice: Ada, a Denis ya le da igual dónde las compres, no pasa nada. En ese momento se convierte en la frase que más odio del mundo y en la hermana que más odio de las dos. Aunque la pequeña remata con: ¿Y por qué siempre vivas, con lo bonitas que son las rosas? Ahí la hermana pequeña se iguala a la mayor. Me resigno y paso todas las yemas de mis dedos por la yema de mi pulgar derecho. Como si contara algo. Pero en realidad lloro. Porque ya no habrá más siempre vivas. Ni más Denis. Y a mis hermanas les da igual. En general, a toda la gente de este metro le da exactamente igual la muerte de Denis. Y la de cualquiera. Nadie ni nada se para por la llegada de la muerte. Bueno, sí, el móvil de la víctima se para. Seguirá saltando su contestador cada vez que marque su número. Hola, soy Denis, déjame un mensaje. Saco mi libreta y, con mis dos hermanas mirando (aunque fingen que miran sus móviles), escribo:

*No dejo de pensar en tu miopía, que ya no es tuya,  
porque ya no necesitas los ojos.  
Pero los míos siguen viendo  
y tú eres la causa de mi obsesiva búsqueda.*

*Pobre mi miopía que nunca dejará de buscarte.  
Aunque la tuya ya tenga arena.  
Cada lágrima que mi mejilla acoge  
está dedicada a las que ya no saldrán de tus ojos.*

*La vida también se acaba, Denis,  
como el café,  
como las flores  
y como todo lo bello.*

Hemos llegado a la casa de mis padres. Y mi madre ha abierto la puerta. Nos miramos las dos y todo el edificio siente cómo ambas pensábamos exactamente lo mismo: La de cosas que tenemos sin resolver y que seguramente no resolvamos nunca, pero el día de mi boda fingiremos que está todo bien y ella llorará como si hubiera sido una madre ejemplar y yo una hija que hacía pis sin tocar la loza del váter. Paso todas las yemas de mis. Mi madre me ha cogido la mano derecha para evitar que finalice el proceso. Sin dejar de mirarme a la cara. Yo siento las puntas de mi pelo en mis hombros, como en el cruce de Shibuya.

Sentadas alrededor de la mesa del comedor me pregunta, sin mirarme a los ojos y sin mostrar afecto: ¿Qué tal el funeral de tu amigo? Mi madre es una cabrona. Denis venía a buscarme a casa todas las mañanas. Íbamos juntos al colegio. Caminábamos calle abajo con las mochilas a los hombros mientras mi madre se aseguraba de que cruzábamos bien desde su ventana de la cocina del cuarto piso. Denis ha sido mi mejor amigo a lo largo de veinte años. Y el día que mi madre vio a Denis besarse (definitivamente, no el mejor beso que le hayan dado) con Javier, decidió que no se acordaría jamás de su nombre. Que para ella Denis era un completo desconocido a quien era mejor no conocer. Mi madre, en el fondo, me da pena.

Miro a mi padre, sentado en su gran sofá verde desde el que está viendo un concurso televisivo. También me da pena, pero para él tengo más pena mezclada con cariño. Me pregunto si alguna vez ha alcanzado a leer un libro entero. Si alguna vez ha sentido la satisfacción de cerrar un libro porque ya se han acabado las palabras, las imágenes. Ahora la cámara invisible está apa-

gada porque aquí no hay nada interesante que grabar. Pienso en el perro de Denis. Dónde habrá ido a parar ese perro. Quién cuidará de él. Cojo el lexatín de mi bolsillo. Abro la boca y lo trago. Bebo agua también, claro. ¿Qué te tomas? Mi madre se hace la tonta. Siempre que vengo a su casa me tomo un lexatín. Siempre la misma pregunta. Siempre la misma respuesta:

—Un ibuprofeno para la regla.

# COPENHAGUE

*Desde que te conozco tengo en cuenta la muerte.  
Pero lo que presiento no se parece en nada  
a la común tristeza.*

*Eros es más,*  
JUAN ANTONIO GONZÁLEZ-IGLESIAS